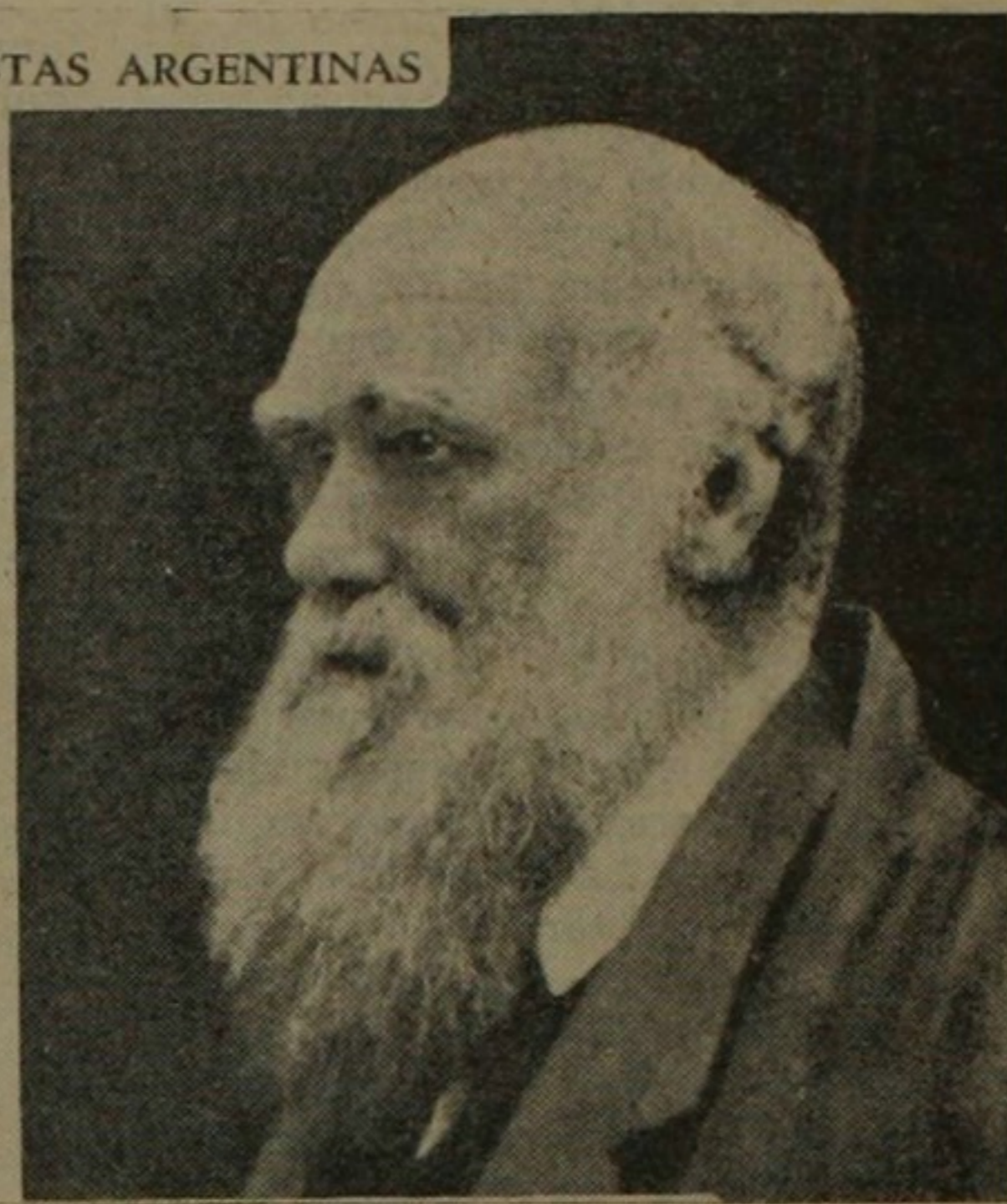


CENTENARIO DEL VIAJE DEL "BEAGLE" A LAS COSTAS ARGENTINAS



Roberto Fitz Roy

Se cumple hoy el centenario de la partida del navío de guerra inglés "Beagle", que al mando del capitán Roberto Fitz Roy realizó estudios hidrográficos en nuestras costas del Atlántico. Fitz Roy exploró Bahía Blanca, las sierras de la Ventana, de Guaminí y del Tandil; remontó el río Santa Cruz y rehizo la hidrografía del estrecho de Magallanes. El sabio Carlos Darwin, que acompañaba la expedición como naturalista, completó las observaciones de D'Orbigny; estudió las formaciones geológicas de las cuchillas de Entre Ríos; visitó la región occidental de la Pampa; cruzó la cordillera de Mendoza y estudió la estructura de sus rocas. Los resultados de sus trabajos fueron publicados en Londres en 1851 en su obra titulada "Geological observations on South-America". Por su parte, Fitz Roy publicó también en Londres, en 1839, un libro titulado "Narrative of the surveying voyages on his majesty's ships Adventure on Beagle, between the years 1829 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America". Pero el viaje del "Beagle" a las costas argentinas se había vinculado aún más a los progresos de las ciencias, por cuanto fue aquí donde el futuro autor de "El origen de las especies" hizo su profesión de fe científica y los estudios realizados en nuestro territorio determinaron lo más importante de su obra. "Recuerdo — dice Darwin en su "Autobiografía" — que estando en la bahía de Buen Suceso, en la Tierra del Fuego (y así creo lo escribí a mi familia) me di a pensar que no podría emplear mejor mi vida que apartando algunas novedades a las ciencias naturales. Lo he realizado en la medida de mis fuerzas, y dígan lo que digan los críticos, no me apartaré de esta convicción". Y fue allí, en las entonces desoladas costas patagónicas, donde el sabio inglés concibió su famosa teoría de la evolución. "Todos sabéis — dice Ameghino en una conferencia en homenaje a Darwin — que puede considerarse como uno de nuestros sabios, pues el descubrimiento de su teoría está ligado a la historia de nuestro progreso científico, por ser aquí, entre nosotros, donde recogió los materiales de ella y tuvo su primer idea. Y por una coincidencia bien extraordinaria por cierto, es aquí, sólo aquí, en la Pampa, donde ella puede encontrar su más evidente comprobación". Este centenario del viaje del "Beagle", de tanta trascendencia para los progresos científicos, está así tan estrechamente vinculado a nuestro país.



Carlos Darwin

(De La Prensa, Buenos Aires, Diciembre 27 de 1951).

El ejemplo de Darwin

= Del precioso librito *Flos Sophorum*. Ejemplario de la vida de los grandes sabios. Seix y Barral Hnos., editores. Barcelona, 1914. =

Darwin se conoce a sí mismo

Con ojo atento, como el que empleaba en vigilar los amores entre un insecto y una orquídea, Darwin se vigilaba a sí mismo. Llegó a ser muy ducho en este conocimiento difícil, recomendado en el frontis del templo de Delfos. He aquí cómo él analizaba el linaje del propio espíritu. Leemos en la **Autobiografía**: "Yo no tengo una gran rapidez de concepción o de ingenio, cualidad tan notable en algunos hombres inteligentes, por ejemplo, Huxley. Soy, pues, mediocre como crítico. El leer algo en un libro o en un periódico, tanto me impulsa a la admiración, que únicamente tras reflexión prolongada llego a ver los puntos flacos. La facultad que permite seguir una larga y abstracta serie de pensamiento es, en mí, extremadamente limitada. En matemáticas o en metafísica hubiera fracasado. Mi memoria es extensa, pero nebulosa: es, en general, la suficiente para advertirme, de una manera vaga, que he leído o bien observado algo, opuesto o favorable respecto a la conclusión que estoy deduciendo. Al cabo de unos instantes, recuerdo el lugar de donde debo sacar la indicación. Mi memoria, en cierto sentido, deja tanto que desear, que jamás he podido recordar más que unos cuantos días una fecha, una línea o una poesía. Muchos de mis críticos han dicho: "Es un buen observador, pero no tiene ningún poder de raciocinio". No creo que esto sea exacto. El **Origen de las especies** es, desde el principio al fin, un largo raciocinio, que ha podido convencer a un cierto número de personas inteligentes. Nadie hubiera podido escribirlo, a no estar dotado de alguna fuerza de razonar. Yo creo tener tanto sentido común y buen juicio como un hombre de ley o un doctor de fuerza mediana, pero no más. Por otro lado, me creo superior a la generalidad de los hombres, en lo de notar cosas que escapan generalmente a la atención y para observarlas con cuidado. Mi ingeniosidad ha sido la más grande posible, para la observación y acumulación de hechos. Y, lo que tiene más importancia, mi amor a las ciencias naturales ha sido constante y ardiente... He tenido mucho tiempo para mí por no haberme visto en la necesidad de ganarme el pan. La enfermedad ha inutilizado algunos de los años de mi vida; pero ha tenido una ventaja y es que me ha librado de distraerme en las diversiones de la sociedad. Mi éxito como hombre de ciencia, a cualquier grado que se haya elevado, ha sido determinado por condiciones de mente complejas y variadas. Entre ellas, las más importantes han sido el amor a la Ciencia, una paciencia sin límites para reflexionar sobre cualquier objeto, la ingeniosidad en observar los hechos y en reu-

nirlos, una dosis media de invención y de sentido común. Con las limitadas capacidades que poseo, es sorprendente, en verdad, que haya podido influir, en un grado considerable, en la opinión de los sabios sobre algunos importantes problemas". A esta declaración de modestia, tan serena y delicada, ha añadido el hijo de Darwin: "Uno de los valores de mi padre, era sentir, como pocos hombres, una diferencia entre el trabajo de un cuarto de hora y el trabajo de diez minutos".

Darwin cesa de gustar de Shakespeare

En su juventud, un poco vagabunda y deportiva, Darwin había tenido por Shakespeare una pasión loca. El ha contado como lo leía con delicias y como repetía esta lectura con frecuencia. Mas pasaron los años. El cazador de un día se convirtió en naturalista metódico, que producía, a pesar de los estorbos de una salud precaria, una labor enorme. Tal labor era ordenada según una cotidiana disciplina severa. De tal a tal hora, lectura; de tal a tal otra, tomar apuntes, tres cuartos de hora antes del lunch, escribir; un tiempo, más predeterminado aún, para estudios de laboratorio y de herbario, para observaciones y cultivos. Esto, un día tras otro día, en heroica uniformidad. Mientras tanto, Darwin iba envejeciendo, sus hijos se espigaban. Cuando la moza comenzó a ser mayor, el padre encontró una fuente de distracción honesta, en que ella, luego de comer, le diese un rato de lectura. Vino una velada en que el arrinconado Shakespeare abrióse de nuevo. Y aconteció entonces una cosa que, contada en las Memorias del mismo sabio, tiene un gran sabor de melancolía... Darwin sintió con amargura que Shakespeare no le gustaba ahora, que no le interesaba ya. El trabajo unilateral, la especialización, el hábito exclusivo de la investigación científica, habían secado uno de los puros manantiales de su vivir. Aquella pobre alma era ya muerta para los goces del arte. El debió entonces de sentir en sus adentros un gran vacío. Sí: he aquí una vida más, sacrificada, ella y sus goces más inocentes y elevados, a una obra... Darwin no lloró. Avanzó aún más, sobre los esquivos ojos, las cejas hirsutas. Filosóficamente, volvió a llenar de tabaco la pipa y se acercó a encenderla en el hogar, con una brasa que las tenazas levantaron, entre el gran silencio de la familia, juntada en el obscuro salón del cottage... Al fin, él mismo rompió este silencio para ordenar a su hija que, desde este punto, no le leyera otra cosa que novelones.

Xenius